



# LAS BRUJAS



# C A P Í T U L O

## 1



Dicen que la muerte da sed, por lo que siempre les damos un último trago a nuestras víctimas.

Tomé la bota con *Vite* de uvas negras que siempre llevaba en mi bolsillo y la acerqué a su boca.

–Toma –dije–. Bebe esto, cordero.

La mujer tomó un trago largo. Le aparté la bebida de su boca y le limpié una gota que caía sobre sus labios. Se sentían suaves y cálidos a mi tacto, como una ciruela roja de agosto recién recolectada de su árbol. Siempre llamaba a nuestras víctimas *cordero*. Incluso a aquellas que se veían robustas con barbas tupidas y manos duras como una roca. Incluso a los malvados con corazones fríos y marchitos, con sangre seca bajo sus uñas. Este *cordero* no era ninguno de esos.

Estaba vestida con seda negra, de pies a cabeza. La tela se pegaba a sus curvas y se movía ligeramente como si una suave brisa veraniega meciera sus pliegues por el aire. Quería tocarla. Quería ponérmela. Nuestra ropa de lana, piel y cuero nos mantenía cálidas, pero solo eran unos trapos insignificantes comparados con su delicado vestido.

–Eres de Íber –dijo Runa, quien también miraba con mucha atención la ropa de la mujer.

Asintió.

—Crecí rodeada de arenas blancas y suaves, no de nieve. El sol nos bañaba con su brillo y calidez, y las mujeres tenían fuego en las venas.

Nos había contratado ella misma. Quería morir. Su esposo, sus hijos..., todos habían muerto por una enfermedad. Cómo es que terminó en una cabaña oscura con techo de tierra en el otro extremo del Bosque de Píceas Negras, no lo sabía.

La mujer con el vestido de seda era alta, mucho más alta que yo, incluso más alta que Runa. Tenía unos ojos castaños profundos y orejas tan puntiagudas como los Elvers de las historias vórdicas. Tomó otro sorbo de *Vite* cuando se lo ofrecí, y casi de inmediato deslizó una moneda de oro sobre mi mano.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—Frey —le respondí, sin preguntarle el suyo.

Suspiró y se apoyó en mí, dejando caer sus suaves brazos sobre mis duros hombros. Le corrí un mechón de cabello que colgaba sobre su mejilla, con sutileza, y rocé su piel con mis nudillos. Su cabello se sentía pesado en mi mano y estaba cargado con la esencia del sur. Mirra e incienso.

—Será rápido, cordero —le dije—. Como fue prometido —levantó la mirada hacia mí. Esbozó una rápida sonrisa de gratitud y tristeza.

Le hice una señal a Ovie, quien estaba entre las sombras cerca del hogar apagado, y se acercó, tensa pero tranquila, como un leopardo de las nieves al acecho. Juniper, nuestra Bruja del Mar, comenzó a rezar en un rincón junto a una pila de pieles y un viejo telar. Trigve estaba a mi lado y Runa simplemente nos miraba desde la puerta.

Ovie me entregó su cuchillo; era mucho mejor y más filoso que el mío. Lo sujeté y le corté el cuello a la mujer. Un movimiento filoso de



plata y estaba hecho. La mujer mantuvo la mirada fija en mí hasta el final, sin bajar la mirada al cuchillo en ningún momento. La sujeté mientras caía al suelo.

Juniper terminó sus oraciones y se acercó. Colocó una mano sobre el pecho de la mujer y dejó caer sus rizos sobre sus mejillas moribundas. El cabello de Juniper era dorado, con leves destellos de un tinte verde agua nacarado, el mismo del de todas las brujas de Merrows.

Esperamos a que su respiración disminuyera. Más y más lento, hasta detenerse para siempre.

—Apuesto a que era feroz cuando joven —cerré sus párpados con un movimiento suave de mi pulgar—. Feroz como el sol de Íber. Me pregunto si fue desterrada de allí, hacia el norte helado, por algún acto heroico y feroz...

Runa me miró fijo con sus ojos penetrantes.

Ella decía que la forma en que pensaba en nuestras víctimas una vez que morían, la forma en que imaginaba cómo habían sido sus vidas, la manera en que soñaba cómo se había desentramado su destino y los giros que habían tomado, era peligrosa. Decía que toda esa imaginación me metería en problemas o me haría muy sensible.

Runa no era sensible; ella habría sido una buena líder. Podría haberse apartado y creado su propio grupo. Pero cuando se lo confesé a Juniper, solo se encogió de hombros y me dijo que el liderazgo necesitaba tanto de imaginación como de fortaleza.

Runa se levantó y comenzó a explorar la fría y vacía vivienda. Sabía que buscaba comida, ropa y armas. La intercepté en la mitad de un corredor sumergido en las penumbras que llevaba a más habitaciones oscuras, cuyas puertas eran viejas pieles de osos.

—Déjalo, Runa. Ya hicimos nuestro trabajo. Larguémonos de aquí.

Me miró fijo con la boca tensa y la barbilla levantada.

–Puede que haya algo escondido; tesoros del sur o joyas del desierto que podríamos cambiar por suficiente oro como para conseguir un pasaje en algún barco...

–No –la voz profunda de Ovie resonó por todo el corredor–. No robaremos. Deja sus cosas en paz, Runa.

Trigve y Juniper permanecieron en silencio detrás de Ovie, aunque Juniper comenzó a moverse nerviosa, como si estuviera en una guerra consigo misma. Sus instintos de ladrona eran fuertes. Siggy nos había dicho una y otra vez que los dioses estaban mirando y que castigarían a una Mercy que se llevara otra cosa que no fuera la moneda de una víctima.

Y aun así...

Corté un mechón del cabello de la mujer de Íber antes de marcharnos. Deslicé la daga de Ovie por debajo de su cabello con el metal sobre el frío suelo de piedra y corté.

Runa se había llevado cosas de nuestras marcas en el pasado: cosas simples pero útiles. Tenía una cuerda en su bolso y todo tipo de cosas robadas: tiras de cuero, ganchos de metal, trozos de lana vieja y algunos viales de pociones y tónicos. Runa casi siempre hacía lo que quería y la admiraba por ello.

Luego, nos acercamos a un arroyo próximo para limpiarnos la sangre de las manos. Intentábamos no manchar nuestra ropa con sangre. Siempre que nos topábamos con alguien en el camino, sus ojos se disparaban hacia nuestras capas negras... y luego hacia las manchas rojas sobre nuestras túnicas de lana. Les recordaba que un día su sangre también podría estar manchando nuestra ropa. A la gente no le gusta pensar en eso.

La mujer vestida de seda no quería que la cremáramos. Nos había

pedido que la dejáramos allí en el bosque, con las puertas desgastadas de su vivienda abiertas. Los lobos vendrían y se encargaban de ella al caer la noche.

—Así es como lo hacen en Íber —dijo Trigve—. Leí sobre eso.

Alejarme y dejar su cuerpo listo para ser despedazado por unas bestias en medio de la noche, me tomó toda mi disciplina y valor. Ansiaba poder prender fuego su cuerpo y dejar que su alma entrara al Holhalla mientras su carne se tornaba cenizas. O incluso enterrarla a casi dos metros bajo tierra, como los Elsh hacían con sus muertos.

La manera en la que alguien prefería morir decía mucho sobre su vida. La mujer de la seda negra había querido morir de forma sangrienta.

Y si ella quería una muerte salvaje, ¿quién era yo para quitarle eso?



Nos llamaban Mercies, o algunas veces, Las Mercies Deshuesadas. Decían que éramos sombras, fantasmas y, que si nos tocaban, nos desvaneceríamos en una nube de humo.

Poníamos incómoda a la gente, ya que éramos mujeres con armas. Pero aun así, nos necesitaban. Los hombres no harían nuestro triste y oscuro trabajo.

Le había preguntado a mi mentora, Siggy, sobre las de nuestra clase, una noche de solsticio, cuando la luz permanecía por más tiempo en el cielo. Le pregunté cuándo había comenzado el negocio de la muerte y por qué. Me respondió que no sabía. Los bardos no cantaban sobre eso, y las sagas no las mencionaban, por lo que el génesis de las Mercies quedó perdido en el tiempo.

—Los jarls suben y caen —susurró, sus ojos oscuros brillaban con los



últimos rayos de luz crepuscular en el horizonte—. Las Mercies Deshuesadas se quedan. Hemos deambulado por las Tierras Vórdicas desde la era de las *Crónicas de la Guerra de las Brujas*. Tal vez más. Somos ignoradas y olvidadas... hasta que nos necesitan. Siempre ha sido de esa forma —hizo una pausa—. No es una profesión muy distinguida, pero es noble.

No respondí, pero leyó mis pensamientos.

—No es una mala vida, Frey. Algunos la pasan peor. Solo los tontos quieren ser grandiosos. Solo los tontos buscan gloria.